

Las Edades del Hombre

LA CUARTA ESTACIÓN

Por Antonio Fontán

Las cuatro fases de la muestra y los cuatro elementos de la naturaleza: Fuego, Agua, Aire, Tierra, en cuatro ciudades castellanas

El título de "Las Edades del Hombre" es tan arbitrario y convencional como todos los signos del lenguaje. Pero el acierto y el éxito de las muestras amparadas bajo él, lo han convertido en nombre propio de un tipo original de exposición, de alto nivel artístico y de casi sorprendente aceptación popular, y en la cifra de un logrado propósito de recuperación de la memoria histórica de una cultura en sus dos dimensiones, de experiencia vivida y de misterio.

"Las Edades del Hombre" se llamó a la primera de las exhibiciones de la serie que iba a re-

correr después, sucesivamente, las cuatro principales ciudades del antiguo Reino de Castilla y León, almendra histórica de España: Valladolid, Burgos, León, Salamanca.

En la inicial muestra vallisoletana, las secciones o apartados seguían el curso temporal y simbólico de la "historia sagrada de la humanidad". (*Homo res sacra homini*, dijo Séneca, el filósofo pagano y no cristiano, pero romano y por ello universal, que precisamente había nacido en la península).

El relato bíblico, desde la Creación al Apocalipsis, la historia de Cristo, del Nacimiento a la Ascensión, y la de la salvación humana -ruina, promesa, esperanza, felicidad-, ofrecían el marco sistemático de la tensión dialéctica que viven los hombres y las épocas entre la sublime vocación del espíritu y la grave pesadumbre corporal e histórica de la naturaleza (de la común naturaleza de la humanidad y de la individual de cada uno).

La espléndida iconografía religiosa de León y de Castilla, con piezas escalonadas a lo largo de nueve siglos, se engarzaban como joyas preciosas en el relicario li-

neal de las diversas salas que se habían acondicionado en los amplios espacios de la Catedral.

En un intento de representar en los cuatro elementos primordiales las diversas fases de "Las Edades", la de Valladolid podría tener su símbolo en el fuego. El fuego que anima la existencia, fuente de vida, llama ardiente o escondido rescoldo, origen de la vocación de salvarse y ser salvado que caracterizan al hombre y a su historia.

Palabra y Música en Burgos y León

En Burgos, un trazado cronológico continuo, como una corriente de agua viva, constituía el testimonio de la historia en la voz de documentos y de libros y de los descubrimientos del mundo desde Castilla y la Cristiandad.

El agua de la historia resultaba en Burgos cambiante y en ocasiones caprichosa, con un curso ondulado y meándrico, encauzado por el rigor de la cronología, de los avances técnicos y de las aventuras de la libertad, y empujado por la fuerza del tiempo, que no se deja atrapar ni conoce marchas atrás o retrocesos. *Fugit*

irreparabile tempus, dijo Virgilio, otro romano y poeta que quiere decir dos veces universal.

El elemento de León era el aire. Angeles cantores y volantes, armoniosos sonidos que poblaban el ambiente, la música callada de unos millares de partituras recontradas, la música gráfica recogida en pinturas y tapices, en relieves y esculturas de bulto con figuras de instrumentos, de tañedores y artistas terrenos y celestiales: la música, en fin, sonora de los instrumentos de cuerda y de metal, pero sobre todo de aire, entre los que se hallaban algunas de las más notables piezas de la organistería de las iglesias de la región.

El aire podría ser el símbolo de la muestra leonesa. Pájaros canoros y ángeles voladores ante la embelesada contemplación de los monjes, santos y paisanos de las diferentes piezas exhibidas, y en medio de la más o menos prendida atención de los visitantes, curiosos o devotos, que llenaban el sacro recinto de la *pulchra leonina*.

Por fin, Salamanca, en el tramo final del 93 y el primer tercio del 94. El tema central de Salamanca -"La morada y su contra-